

El señor que no sabía quién era Messi

Hace muchos años leí, en la añorada revista «La Codorniz», un ingenioso artículo titulado «*El señor que no sabía quién era Di Stéfano*». Sólo recuerdo la idea general, de manera que, como homenaje al autor —de cuyo nombre, de verdad, no puedo acordarme— y a La Codorniz, he tratado de reinventarlo a mi manera.

En una pequeña ciudad provinciana vivía un señor al que todos respetaban y llamaban Don Francisco. Vestía con elegancia, sin ostentación —americana, chaleco y corbata de color gris oscuro—. Su vida transcurría con placidez entre paseos por la Calle Mayor y el Casino. Cuando se sentaba en el Casino solicitaba apagar el televisor. «De esta forma podremos hablar más tranquilamente». Consideraba que la televisión había sido uno de los grandes inventos de la humanidad, por su complejidad técnica, el ingenio y la innovación desplegadas para su desarrollo, y el potencial de programas y aplicaciones que podrían haberse implementado para el bien de la humanidad. Sin embargo, hacía años que no encendía el viejo televisor a válvulas que había en su casa. Incluso es posible que, a causa de la edad y los achaques, ya no funcionara. Don Francisco estaba convencido de que los programas de televisión no eran más que una repetición de tópicos y banalidades, que se realimentaban en bucles cerrados, hasta hacerse absolutamente insoportables. Él tenía sus lecturas, que se repartían entre los clásicos de la literatura y la filosofía. También ojeaba los editoriales y artículos de opinión de la prensa diaria, que comentaba con sus compañeros de tertulia en el Casino.

Estaba muy satisfecho con su vida, que le daba tantos incentivos. Pero le atormentaba un problema. Había oído hablar de Messi y no sabía quién era Messi. Tal vez fuera un filósofo, un político o un literato ilustre. «Necesito saber quién es el tal Messi».

—Augusto —le dijo al servicial camarero—, por favor, tienes que decirme quién es Messi. Me preocupa que no esté al corriente de cuestiones importantes de la actualidad.

—¡Qué bromista es usted, Don Francisco. Siempre de buen humor, alegrándonos la vida —replicaba Augusto, con una amplia sonrisa—. En agradecimiento, hoy no le cobraremos el café; usted se lo merece y mucho más, por ese magnífico don que posee.

Respuestas parecidas obtenía de sus amigos, vecinos, contertulios, bares e incluso de doña Paca, la portera, o del cartero, los barrenderos y la policía municipal.

Y así pasaban los días, semanas, meses y años. Pero no encontraba respuestas.

Y Don Francisco conservaba la calma estoicamente, atormentado por la conspiración organizada para impedir que él supiera quién era Messi. Tal vez un agente de la CIA o de los servicios secretos israelíes, o rusos. Tal vez chinos o iraníes. Tenía que averiguarlo a toda costa.

Fue entonces cuando decidió dirigirse a la oficina de información del Ayuntamiento. El amable empleado ni se inmutó. «Tendrá que rellenar este impreso de solicitud, incorporando todos sus datos, incluido *email*, cuentas de Google, Facebook, Instagram, LinkedIn y de otras redes que utilice habitualmente. Y cuando rellene el formulario deberá pasarse por la oficina de reclamaciones. La dirección consta en el impreso».

—Pero es que yo no tengo *email* ni soy usuario de las redes.

—Pues entonces va a ser muy difícil atender su solicitud. Por si acaso hay alguna posibilidad, deje esos campos en blanco y pásese por la oficina de reclamaciones.

Así lo hizo el bueno de Don Francisco, pero, al no disponer de direcciones electrónicas, su solicitud jamás recibió respuesta.

Pasaron muchos años y Don Francisco cayó gravemente enfermo. Ante la gravedad se llamó a un sacerdote, que le dio su bendición.

—Padre, le ruego que cumpla mi último deseo.

—Por supuesto, Don Francisco, así se hará.

—Necesito saber quién es Messi.

El sacerdote le ofreció una amplia sonrisa.

—Cómo se ve, Don Francisco, que está usted en gracia de Dios. Conserva usted su buen humor aun en estos difíciles momentos. Reciba la bendición de Dios.

Y así fue como Don Francisco abandonó este mundo sin poder resolver el enigma que le había atormentado durante tantos años. Es de esperar que en el Cielo le comprendieran y le explicaran quién era Messi. Pero esto es algo que en este mundo nunca sabremos.

Soy consciente de que esta historia contiene algunos episodios absurdos y difícilmente creíbles, como, por ejemplo, que el empleado del Ayuntamiento fuera amable. Pero les puedo asegurar que todos los hechos aquí narrados son rigurosamente ciertos.

FIN

El asistente

Siempre había deseado tener un asistente llamado Federico.

Y, por fin, tras largos años de lucha, trabajo y sacrificios, conseguí disponer de los servicios de un asistente llamado Federico.

Tenía un porte elegante, siempre estirado, rostro impenetrable, ojos inquietos y brillantes de mirada profunda, cabellos rojizos y ademanes parsimoniosos.

Federico era muy servicial, trabajador y con una lealtad incondicional hacia mi persona. Incluso, en ciertos momentos, llegué a pensar que estaba enamorado de mí, a pesar de mis intentos por hacerle comprender que, con todo el respeto debido, mis aficiones no eran compatibles con las suyas.

«Federico, prepárame el desayuno, por favor».

Me había costado algún esfuerzo de entrenamiento, pero los resultados fueron espectaculares. Federico preparaba un excelente zumo de naranja que me servía exactamente treinta segundos antes de traerme un aromático café acompañado por unas sabrosas tostadas, frutas variadas, cereales, jamón serrano, queso semicurado y huevos escalfados. Todo perfectamente preparado y presentado con un gusto exquisito.

Me limpiaba la casa, hacía la comida, mantenía el jardín, organizaba y programaba el lavado de la ropa y la vajilla. Era mi mayordomo, hacía de chófer —pesar de que el automóvil podía circular de forma autónoma—, de secretario, me hacía trajes a medida, me leía poesías y buenos libros. Me enseñaba también a tocar el piano y otros instrumentos que él dominada. En definitiva, todo cuanto yo pudiera desear.

«Federico, pon mis boleros preferidos». «Federico, organízame unas vacaciones en Baden-Baden y luego en Bali». «Federico, lánzame bolas de tenis para entrenar mi revés». «Federico, vamos a la ópera». «Federico, ráscame la espalda».

Mi vida era perfecta.

En realidad, casi perfecta.

En ocasiones, Federico se comportaba de forma extraña. Sus ojos brillaban de forma especial, eléctrica. Su voz sonaba como afónica, tal vez gangosa. Y sus movimientos eran lentos, algo torpes y poco coordinados. Cuando se ponía en marcha el riego, todos los aspersores giraban simultáneamente a la vez que se escuchaba la Quinta sinfonía, seguida por unos boleros de «Los

Panchos». Cuando trataba de encender la lavadora, el robot escoba se activaba y se caía por las escaleras, el rotor de la lavadora comenzaba a rodar a toda velocidad, como si quisiera alcanzar la velocidad de la luz y viajar en el tiempo, el dron de vigilancia periférica no dejaba de girar sobre sí mismo y se activaban las alarmas con un ruido ensordecedor, y la tostadora comenzaba a lanzar rebanadas de pan, como si fueran blancos del tiro al plato. «Federico, detente». Pero Federico, impertérrito, continuaba activando todos los dispositivos de la casa de forma descontrolada. Pero lo peor fue cuando comenzó a lanzar bolas de tenis sobre la casa del vecino, rompiendo todos los cristales. El vecino, como represalia, comenzó a arrojar piedras de considerable tamaño contra mis ventanas. Y cuando pasó el cartero el perro le atacó siguiendo las órdenes de Federico.

Al cabo de un tiempo, Federico reflexionaba y parecía volver en sí. Se sentaba en una silla para meditar. «Federico, ¿qué te ha sucedido?». «Lo siento, no lo sé; estaba muy cansado, pero ya estoy mejor». Y efectivamente, a partir de ese momento, Federico volvía a realizar sus actividades con toda normalidad y la eficiencia acostumbrada. De vez en cuando le oía suspirar. «No puedo entenderlo. Parecía que se me hubieran fundido los plomos». Y sonreía.

Pero al cabo a unos meses, se reproducía un episodio similar, incluso más intenso y de consecuencias más devastadoras.

Y a pesar de que Federico parecía recuperarse, cada vez los episodios eran más frecuentes. Entonces decidí acompañarlo a la consulta de un especialista en neurociencia. Desgraciadamente las instrucciones que dio y que fueron fielmente cumplidas no surtieron efecto y los episodios se reprodujeron con mayor frecuencia e intensidad.

Yo empezaba a preocuparme.

Y no era para menos. Una noche de tormenta me desperté y vi que Federico me observaba con ojos como centellas. Seguidamente se lanzó sobre mí y me atacó con un gran atornillador, que normalmente utilizaba para reemplazar la batería del automóvil, la taza del inodoro y cosas por el estilo, al tiempo que exclamaba: «Nunca me tienes en consideración ni me manifiestas aprecio, a pesar de mi entrega y mi trabajo. Por eso se desactivan mis neuronas. No lo puedo soportar más».

Logré huir, aprovechando un momento de debilidad en que Federico se deshacía en lágrimas al tiempo que me suplicaba.

Los agentes de la policía que acudieron a mis llamadas de socorro lograron reducirlo y desactivarlo.

Nunca más volveré a tener un asistente que se llame Federico. A pesar de los largos años de lucha, trabajo y sacrificios que me costó poder disponer de sus servicios.

Al principio pensaba que lograría enseñar a los asistentes más conocidos, como Siri, Alexa, Google, Cortana o Aura.

Y les decía «Hola Federico», «Hey Federico» u «OK, Federico», pero ellos no conseguían aprender, a pesar de mis esfuerzos. Y solo recibía respuestas, con voz apesadumbrada: «Lo siento, no te entiendo» o incluso «*Sorry, I don't understand*».

Así que, tras innumerables vanos intentos, decidí construir a mi propio asistente que, naturalmente, se llamaría Federico.

Contacté con los mejores expertos en Robótica e Inteligencia Artificial. Se utilizaron los algoritmos matemáticos más sofisticados y todo tipo de complejas redes neuronales, los sistemas de aprendizaje conocidos y otros que nos inventamos: *machine learning*, *deep learning*, *reinforcement learning* y demás métodos acabados en *learning*. Y luego se combinaron los procedimientos de programación más avanzados: *Tensor Flow*, *Keras*, *Python*, *Numpy* y otros. Pero lo más complicado de realizar fueron los ojos y la piel del robot para que tuvieran un aspecto humano. Los ojos, de material piezoeléctrico, reaccionaban contrayéndose ante los impulsos, igual que lo haría un músculo biológico. Y la piel se había creado con un polímero maleable y microsensores incrustados, que le proporcionaban las propiedades y la sensibilidad de la piel humana. El pelo fue relativamente sencillo: le cortamos la melena a un colega irlandés.

Hasta que por fin se obtuvo el resultado deseado.

«Hola Federico».

«Buenos días. ¿Qué es lo que deseas?».

FIN

La princesa rusa

Los sucesos aquí narrados convulsionaron mis convicciones y principios más profundos sobre el amor y la amistad, la vida, la muerte y la eternidad. Y mi espíritu atormentado ya nunca pudo alcanzar la paz.

Me encontraba con mi amigo Alfredo en la zona más estrecha de la manga de tierra que separa el Mar Menor del Mediterráneo, el Mar Mayor. El sol comenzaba a emerger de las tranquilas aguas de levante. Ambos respirábamos profundamente para absorber el tenue y puro aire del amanecer. Observamos como los pescadores desembarcaban un objeto envuelto en una suerte de sudario.

—Será mejor que no se acerquen —rogó uno de ellos, al tiempo que depositaban el bulto en el embarcadero—. No es un espectáculo agradable. Se trata de un cadáver totalmente descarnado... Tal vez haya sido devorado por un marrajo o una morena gigante.

—La princesa rusa ha regresado —murmuró estas enigmáticas palabras otro de los pescadores, haciendo la señal de la cruz.

Los otros le imitaron y se santiguaron en silencio.

Alfredo quería permanecer en el lugar y conocer más detalles del suceso. Lo tomé por el brazo y lo alejé de allí.

—¿Quién es la princesa rusa? —preguntó sin poder contener su inquietud.

—Solo se trata de una leyenda que las gentes de mar han construido sobre unos hechos muy lejanos.

Cuando llegamos a nuestro apartamento, Alfredo insistió y comencé a contarle la historia de la princesa rusa.

Las Cortes acababan de proclamar a Amadeo de Saboya rey de España, con el título de Amadeo I, tras los años convulsos que sucedieron a la revolución que dio en llamarse La Gloriosa.

Se celebró el acontecimiento con un baile de gala en los salones de Palacio. Asistieron personalidades y representantes de las Monarquías europeas. De Rusia vino una princesa de belleza singular de la que pronto se prendaron la mayoría de los cortesanos.

El soberano departía con su buen amigo, un conde que, por su valor y dotes estratégicas, había realizado una excelente carrera militar. Las miradas del conde y la princesa se cruzaron y entre ellos se estableció un poderoso vínculo invisible que los atraía inexorablemente. Poco después bailaban enlazados en perfecta armonía. Se enamoraron y meses después contrajeron matrimonio.

Desgraciadamente, a los dos años de su nombramiento, Amadeo de Saboya, incapaz de conseguir el reconocimiento del pueblo español, decidió renunciar a la corona. «Estos españoles son ingobernables», fue la despedida que dicen que hizo de las tierras de España, aunque no consta que esta expresión fuera pronunciada por él. La verdad es que no le habían concedido excesivas oportunidades, con la tercera guerra carlista, la guerra de Cuba, las conspiraciones de los alfonsinos y demás intrigas que nos caracterizaban, en un ambiente de pobreza y endémicas hambrunas.

La princesa y el conde continuaron apasionadamente enamorados. Pero el conde no era apreciado por los nuevos gobernantes a causa de sus convicciones monárquicas. Se le acusó falsamente de participar en una conspiración contra el Gobierno para derrocar la República y proclamar la Monarquía. Por su brillante historial militar, la pena se redujo a su expulsión del Ejército y a su confinamiento en un castillo que poseía en un islote en medio del Mar Menor. Allí se trasladó junto con su amada y fiel princesa. Ella decoró el castillo como si fuera un palacio de San Petersburgo. En la sala principal destacaba un cuadro que el conde había encargado a un gran retratista, en el que se representaba a la princesa con un vestido de piel de armiño.

Durante los primeros meses en el castillo vivieron felices y pasaban el tiempo paseando y navegando. Pero la inacción transformó el carácter del conde, que comenzó a añorar sus actividades como militar. Poco a poco se volvió silencioso y taciturno. Al cabo de un año apenas hablaba con la princesa, a la que trataba sin consideración.

Al proclamarse la Restauración el conde fue amnistiado, pero ya era demasiado tarde. Su carácter se había tornado colérico y frecuentemente discutía con la princesa empleando expresiones impronunciadas que la ofendían gravemente. Con la amnistía comenzó a ausentarse del castillo en prolongados viajes de los que no daba cuenta a nadie.

Cuando llegó el verano, el calor era muy intenso, más de lo acostumbrado en la zona. La princesa rusa no lo podía soportar y vivía encerrada en el castillo durante todo el día, pues su sensibilidad y delicada piel no le permitían exponerse a la penetrante luz solar. Llegó a un punto en el que, desesperada,

durante las largas ausencias del conde, comenzó a salir del castillo cuando la oscuridad de la noche era completa, para bañarse completamente desnuda en las cálidas aguas del Mar Menor. Eran sus únicos momentos de felicidad, que la transportaban a las aguas del Báltico que bañaban la costa de San Petersburgo.

Una noche, el conde regresó de improviso y vio a la princesa nadando y jugando con las olas, sin que ella tuviera tiempo de ponerse el bañador. Montó en cólera y de nada sirvieron las razones y súplicas de la princesa. La tomó del brazo, que apretó con firmeza, y la encerró en la torre del castillo. Él custodiaba las llaves y le llevaba una frugal comida que ella rechazaba.

Hasta que un día la princesa no pudo soportar la soledad y las humillaciones que le infligía su esposo y se arrojó al mar desde la ventana de la torre. El conde desapareció, nunca más se supo de él y la princesa fue enterrada en la cripta de los sótanos del castillo.

Desde entonces surgió la leyenda de que el alma de la princesa se baña todas las noches en los alrededores del castillo. Y para mantener su juventud acaba con la vida de los desafortunados que tienen la desgracia de encontrarse con ella.

—Es terrible. ¿Cómo pudo el conde llegar a ese extremo de locura?
—exclamó Alfredo que, hasta entonces, había escuchado completamente en silencio.

—Es de todo punto inexplicable... Creo que nunca llegaremos a conocer lo más profundo de la mente humana. Ni siquiera lo que se esconde dentro de nosotros mismos.

—¿Se sabe dónde ha ido a parar el cuadro? —continuó Alfredo, necesitado de saciar su curiosidad.

—El conde vendió todas sus propiedades y el cuadro acabó en las manos de un coleccionista.

Alfredo estaba intrigado y cada vez más ansioso por conocer todos los detalles de la historia. Con vehemencia me pidió que hiciera gestiones para localizar a los herederos. La tarea fue ardua, pues el rastro de los documentos se había borrado. Cuando había transcurrido casi un año, desesperados, pensábamos renunciar. Sin embargo, un último indicio nos condujo a los actuales propietarios del cuadro, que residían en Madrid. Les expusimos que estábamos interesados en los retratistas de la segunda mitad del siglo XIX y,

amablemente, nos invitaron a su domicilio para que pudiéramos contemplar el cuadro.

Ambos quedamos hipnotizados ante la imagen que se presentó ante nosotros. La princesa tenía un rostro perfecto con una impecable blancura de mármol de Carrara esculpido. Sus rubios cabellos caían ondulados sobre el vestido de piel de armiño e irradiaban una luminosidad que se difundía por todo el cuadro. Sus ojos de azul claro nos miraban fijamente y ejercían una atracción tan poderosa que nos impulsaba hacia la imagen. Aparté la mirada, pero pude apreciar que Alfredo, hipnotizado, se aproximaba al cuadro y hacía ademán de besar a la princesa. Logré detenerlo y con esfuerzo conseguí que reaccionara.

—Si algo de su espíritu queda en esta tierra, necesito verla—, exclamó, tras despedirnos de nuestros anfitriones que, enmudecidos, habían contemplado la escena.

Sonreí.

—Pero, Alfredo, no te das cuenta de que solo se trata de una leyenda que sirve para entretener las veladas de los pescadores.

—Es posible, pero mañana mismo viajaré al Mar Menor y tal vez logre saber la verdad.

Intenté convencerle de que no tenía sentido lo que iba a hacer.

—En el mejor de los casos te vas a encontrar con un marrajo o con una enorme morena... Y te advierto que pueden llegar a ser muy peligrosos.

Como no atendía a razones, decidí acompañarle. Y al día siguiente, resignado, me dispuse a pasar la noche en vela al lado de mi amigo. Quería prevenir cualquier extravagancia que se le pudiera ocurrir.

En la oscuridad de la noche permanecimos vigilantes durante más de una hora que nos pareció eterna. De pronto, una sombra, cuyos contornos no pudimos apreciar por la oscuridad y la distancia, salió del castillo y se introdujo lentamente en las aguas hasta que desapareció de nuestra vista. Un escalofrío recorrió nuestros cuerpos. El castillo había permanecido deshabitado desde hacía más de cien años. No pude detener a Alfredo, que se arrojó al agua y comenzó a nadar hacia la isla. Inmovilizado por el miedo permanecí en la orilla.

De pronto, cuando Alfredo estaba próximo a la isla, surgió de las aguas una criatura estremecedora. Solo era un esqueleto del que sobresalía la terrible calavera con sus fauces desdentadas completamente abiertas y los terribles orificios de lo que habían sido ojos y nariz. Sus garras descarnadas abrazaron a Alfredo, fundiéndose los dos cuerpos en uno solo, al tiempo que sus fauces se unieron a los labios de mi amigo. La escena era dantesca. Alfredo se descarnaba y, sin dar crédito a lo que veía, la infernal criatura comenzó a apropiarse de los jirones de piel, carne y entrañas que se desprendían del cuerpo de Alfredo y eran abducidos por ella. Primero se conformó el rostro, de extraordinaria y a la vez, aterradora belleza, que sobresalía del huesudo esqueleto. Luego, el busto y finalmente las extremidades y el cuerpo entero, que acabó convirtiéndose en la más perfecta mujer que jamás había visto. Sujetó el esqueleto descarnado de mi amigo hasta que lo expulsó lejos de sí, haciéndolo desaparecer bajo las aguas.

Aterrado, yo permanecía inmovilizado por unas invisibles y vigorosas cadenas. Pero no fui capaz de cerrar los ojos, que pudieron ver como la insólita y hermosa mujer nadaba y jugaba en el mar meciendo su larga y rubia melena.

Antes del amanecer la esbelta figura femenina salió del agua y se introdujo en el castillo, con su ondulante cabello balanceándose sobre la espalda.

No conseguí moverme hasta que unos pescadores descubrieron el descarnado cuerpo de Alfredo.

—Hay que tomar medidas para deshacerse de este marrajo, tiburón, morena gigante o lo que sea esa criatura.

—Nada se puede hacer, creedme. La princesa rusa ha regresado.

FIN